

dentalismo que representan Platón, Husserl, Bergson, Jaspers y otros, como a la concepción naturalista que sustenta que la comunicación se explica por la analogía de las mentes y por la realidad común a todos. Puesto que para el marxismo la conciencia y el lenguaje son productos del trabajo y que el individuo humano sólo tiene razón de ser y realizarse en la vida social por la cooperación humana, resulta imposible para el hombre vivir sin la comunicación, que consiste en producir signos (en este caso fónicos) que los interlocutores entienden, porque le dan los mismos significados.

De ahí que Schaff realice una investigación sobre estos signos, hasta establecer una teoría acerca de ellos. "Los hombres, afirma, se comunican haciendo uso de diferentes lenguajes que representan con distintos signos, que son producto de un proceso de abstracción conectado siempre con datos sensoriales definidos." Por esta razón, el lenguaje verbal constituye el instrumento más alto de esa abstracción, pues nos permite pensar en términos de ideas.

Seguidamente, Schaff hace una interesante exposición sobre las distintas significaciones de la palabra "significado", que representa también uno de los más oscuros problemas de la lingüística. Y puesto que "significado" es interpretado por Schaff como una relación específica entre personas que se comunican entre sí, el estudio lingüístico de los significados sólo puede realizarse aplicándole categorías históricas y sociales que pongan de manifiesto los cambios y las reglas a que están sometidos.

En el último capítulo de su libro, Schaff ata cabos para concluir que la función comunicativa del lenguaje fónico es la categoría fundamental de toda investigación semántica. Es decir, si "el lenguaje fónico es definido como un sistema de signos verbales que sirven para formular pensamientos en el proceso de reflejar la realidad objetiva por el conocimiento subjetivo, y para comunicar socialmente los pensamientos

acerca de esa realidad", la comprensión del lenguaje resultará de suma importancia para la filosofía, dada la dimensión práctica a que conduce, por el perfeccionamiento de la comunicación entre los hombres.

La labor realizada por Schaff en su libro sobre la semántica, aporta soluciones nuevas a un problema filosófico al que muchos han contribuido, pero que sólo alcanza su pleno desarrollo en la relación dialéctica de *teoría-práctica* que constituye el meollo del marxismo. Su valor se hace más patente hoy día, pues llena una necesidad que exigía la realidad y el desarrollo del lenguaje. También destaca en la obra de este pensador polaco, su posición muy alejada de la concepción escolástica y dogmática del marxismo, que dominó en la Europa Oriental de la época del culto a la personalidad, puesto que no limita su crítica de los pensadores "burgueses" a la colocación de etiquetas sino que ella es abierta, desprejuiciada.

Este libro, está lejos de ser una "introducción" a la semántica, no porque Schaff se confiese, hasta cierto punto, carente de "competencia y erudición para tratar adecuadamente todos los aspectos" de una ciencia tan difícil, sino porque la obra resulta demasiado especializada para quienes está dirigida: los iniciados. La trascendencia de sus investigaciones reside en que, por primera vez, nos encontramos ante una explicación efectiva de la semántica, pues al colocar los problemas de ésta en relación con el ser social que trabaja, que hace ciencia, arte, filosofía, rescata el sentido concreto que había perdido con el neopositivismo, cuya subjetividad nos hacía temer la filosofía como un acto meramente gratuito, sin contacto con la realidad. Schaff nos hace recobrar la confianza en este quehacer del hombre que contribuye, como él dice, en parte, a su perfeccionamiento, a su humanización, justamente mediante la comunicación.

—Melvin Cantarell Gamboa

chestertoniana*

Había una manifestación comunista en Union Square. Llegaron los policías a disolverla, haciendo uso de sus macanas.

Un transeúnte, agredido, protesta:

—¡No soy comunista! ¡Soy anticomunista!

Le responde un policía:

—¡No me importa qué clase de comunista es usted!

Y continuó golpeándolo.

Paul Bairoch: *Revolución industrial y subdesarrollo*. Siglo XXI Editores, S. A. México, 1967.

A quienes en estos tiempos malaventurados andamos intranquilos por el futuro, ya presente, que acecha a las naciones nuevas, pobres y poco aventajadas que aspiran, con motivos sobradísimos, a ingresar en el círculo de los países bien acomodados, sacudiéndose de encima, con toda la presteza posible, mediante una industrialización rápida y certera, esas aflictivas etiquetas (subdesarrolladas, proletarias, indigentes), con que las marcaron las otras naciones, las opulentas o, por lo menos, pasablemente ricas, que en tan poderosa parte fueron y son culpables o causantes de situación tan lamentable, no puede menos de interesarnos (entre otras cosas por lo mucho que nos ilustra), un libro como el que publicó muy recientemente en lengua francesa el señor Paul Bairoch, con el título —traducido, naturalmente, a nuestro idioma— de *Revolución industrial y subdesarrollo*. No es que se trate de un libro optimista, pues anda muy lejos de serlo, porque la realidad que estudia no brinda mucho para ello; pero es una obra altamente aleccionadora en la que el autor condensó con señalada maestría una gran copia de documentación y un conocimiento detallado en cifras de la situación en que se hallan las aludidas naciones nuevas, y también al-

gunas respetablemente viejas, y de las circunstancias que condicionan sus esfuerzos para evadirse de ellas. Compara el señor Bairoch —y de aquí el título de su libro— las circunstancias que precedieron y acompañaron a la evolución —llamada impropia-mente revolución, puesto que fue gradual, aunque relativamente rápida— de los países que en el siglo XVIII y en decenios más o menos adentrados en el XIX pasaron de ser sociedades casi exclusivamente agrícolas y comerciales a ser pueblos industriales, productores de un catálogo cada día más numeroso y diverso de artículos manufacturados. Es bien sabido que fue Inglaterra la nación que sirvió de cuna y de primer campo de maniobras a la "revolución industrial", y que en el continente europeo fue Francia la primera en seguir eficazmente el ejemplo inglés. Por esta razón, el autor dedicó las ciento treinta últimas páginas, muy nutridas, del libro a estudiar de manera especial el desarrollo económico de esos dos países, como tipos más destacados y representativos del desarrollo económico de los países occidentales.

Lo primero que nos advierte el señor Bairoch es que, lo mismo en Inglaterra y Francia que en las demás naciones occidentales que les siguieron, no fue un rápido y voluminoso aumento de la población el incentivo que sirvió de acicate a las nuevas actividades económicas, sino que fueron determinados avances económicos los que

trajeron en pos de sí el aumento demográfico. Dice Bairoch: "Creemos inútil justificar largamente la respuesta negativa que damos a la cuestión de saber si, en Inglaterra y en Francia, los progresos demográficos pudieron ser la base de los progresos económicos, puesto que es lo contrario lo que se produjo: son factores económicos los que sirvieron de cebo a una progresión demográfica." Y entre los progresos económicos que produjeron el aumento demográfico figuran en primer lugar, en el orden del tiempo, los de la agricultura que al multiplicar su productividad no sólo aumentó considerablemente las disponibilidades alimenticias, sino que, gracias a sus nuevos métodos, liberó una proporción grande de mano de obra campesina poniéndola a disposición de otras actividades económicas, principalmente, al comienzo, a disposición de la industria textil, ocupación en la cual participaba ya de antiguo una gran parte de la población campesina, en el tipo o modo de producción que se llamó industria casera, pues los campesinos y sus mujeres e hijos trabajaban en sus chozas, por salarios sumamente módicos, para empresarios que los surtían de las materias primas. Agricultura e industria textil fueron, con sus nuevos aperos y sus máquinas, los primeros clientes relativamente importantes de la industria del hierro en sus comienzos.

Esta prelación de la agricultura respecto de la revolución industrial (observación original y muy valiosa del señor Bairoch), es un fenómeno constante en todos los países occidentales que hicieron su *despegue* económico en los siglos XVIII y XIX, como si en ese hecho hubiera algo necesario o inevitable, algo así como una ley de la evolución económica de las naciones. Y aquí surge la primera causa de inquietud respecto de la suerte de las naciones pobres: en ellas la expansión demográfica se anticipó, se está anticipando, a la expansión agrícola. Su agricultura de países hasta ayer coloniales estuvo al servicio, no de

sus propias poblaciones, sino de las metrópolis que las explotaban y que redujeron sus agriculturas al sistema de monocultivo y a la producción de materias primas para las poblaciones y las industrias metropolitanas. Lo primero que tendrán que hacer esas nuevas naciones es diversificar su producción para alimento de su gente, para intercambios comerciales más ventajosos y para disponer de las materias primas que han de necesitar sus incipientes industrias. Pero la agricultura no es hoy el arte ecológico y elemental de empuñar la manera del arado y dirigir la yunta. Tiene muchos y complicados fundamentos biológicos, químicos, mecánicos, hidráulicos, etc., y no puede improvisarse de un año para otro.

Hay quien dice, como un motivo de justificado optimismo, que esas naciones recién nacidas tienen a su disposición, tanto para el trabajo agropecuario como para el de las industrias, las técnicas y las maquinarias que ya inventaron los países desarrollados. Estos venturosos países pasaron de sus procedimientos tradicionales a los modernos gradualmente, y en ellos se fueron formando científicos y técnicos, y aun ciencias nuevas, que contribuyeron a perfeccionar sin descanso instrumentos y métodos. Hoy, el salto que los países subdesarrollados intentan dar desde una técnica casi todá ella ancestral todavía a la que en nuestros días se practica en las naciones más adelantadas, requiere un *tour de force* trabajoso, pues no hay enlaces de continui-

dad posible entre aquellos métodos rudimentarios y los nuevos. Puede ser fácil, pero costoso, adquirir máquinas en las naciones que las fabrican, pero ni siquiera se dispone de quien sepa reparar los desperfectos de mecanismos complicados. Todo esto hay que aprenderlo con tiempo, esfuerzo y dinero abundantes.

Por otra parte, afirman algunos que las naciones nuevas disponen ya, para iniciar su vida económica, de todas las redes de comunicaciones y de todos los medios de transporte de que se vienen sirviendo las naciones adelantadas que las organizaron y los inventaron. Pero las naciones pobres y atrasadas no tienen, por de pronto, nada que mandar afuera, como no sean las materias primas habituales y los productos en que las obligaron a especializarse las potencias coloniales. Cuando hicieron su despegue económico en los siglos XVIII y XIX los países occidentales, las comunicaciones eran pocas, malas y caras, y ellos se las fueron haciendo para llevar sus cosas y traer las ajenas con la prontitud y la baratura posibles. Así, hoy están en situación de invadir con costo y tiempo reducidos cualquier mercado que les interese, con lo cual las buenas comunicaciones sirven hoy mínimamente como canales de salida a las naciones nuevas, pero máximamente como canales de entrada de los artículos extranjeros, tan apetecidos por las clases *distinguidas* de las mencionadas naciones nuevas.

Hemos de señalar, en fin, aunque sea con brevedad ex-

tremada, ese fenómeno que nos trae a todos sobrecogidos y medrosos, y cuya misma denominación tiene algo de presagio amenazador: explosión demográfica. Ya dijimos que, en opinión del señor Bairoch, el aumento demográfico fue en los países occidentales consecutivo a ciertos progresos económicos, y no a la inversa. En esos países dicho aumento no alcanzó nunca las desmedidas proporciones que presenta ahora en muchos países subdesarrollados, cuatro o cinco veces superiores a las de aquéllos. Esto es causa de que en los países atrasados y pobres la proporción de población joven y económicamente improductiva sea mucho mayor que en los países avanzados. Pero hay que alimentarla, vestirla, alojarla, educarla... ¿Con qué recursos? No son suficientes ningunos, mientras el desaforado aumento demográfico prosiga. Aun la misma Iglesia romana acabó, según parece, por contagiarse de la general alarma, e inició el ademán de intervenir a su manera en el formidable asunto, quizás un poco asustada del prodigioso auge que ha venido a tomar el bíblico e imprevisor "creced y multiplicaos" con que el viejo Jehová desahució del Edén a la primera pareja humana.

Las dificultades que hallan ante sí las naciones pobres son en verdad ingentes, y el libro del señor Bairoch (que ciertamente es mucho más de lo que dejamos insinuado) las señala y estudia con abundancia de cifras y razones. Pero hay una que este advertido autor no menciona, no obstante ser de las más graves, y es la mala voluntad, la indiferencia o el desprecio del mundo acomodado hacia las tantas veces nombradas naciones pobres. Pretende, con alarmante frecuencia, seguir explotándolas con o sin disimulo. Y la buena voluntad quizás fuese el único emoliente eficaz para ir ablandando y reduciendo esos dolorosos tumores que son un tormento para todo el mundo sensible.

—Florentino M. Torner

